

Sobre la ética como amor propio

Fernando Saneen Contreras*

Fernando Savater. *Ética como amor propio*, Barcelona, Grijalbo Mondadori, 1995, 356 páginas.

¡He aquí una obra sugestiva desde su título hasta la última de sus páginas!

En un estilo fresco, a veces brusco, Fernando Savater aborda el problema de la ética y de la moral, y establece con fuerza que **el individuo**, o lo que es lo mismo, **el amor a sí mismo** es el origen de toda moral. Retoma así una solución muchas veces planteada con anterioridad a lo largo de la filosofía tanto grecorromana como oriental.

El autor no se propone ofrecernos una obra sistemática sobre el problema ético, sino que a lo largo del libro va hilvanando reflexiones sobre la

ética, el derecho y la política. Presenta también útiles puntos de vista sobre problemas actuales como los derechos humanos, el narcotráfico, las democracias actuales, etcétera.

Con ese propósito hace desfilar las ideas sobre la moral que en su momento sostuvieron pensadores clásicos como Kant, Hegel, Nietzsche, Schopenhauer, Heidegger y el mismo Aristóteles. De ellos rescata sus aportaciones en torno al individuo como centro de todo lo que existe.

Ante un mundo donde las ideas abstractas se nos ofrecen como norma y modelos (la ciencia, el Estado, la democracia, el mercado, el modelo económico, etcétera), el autor vuelve a poner ante nuestros ojos el valor fundamental del individuo como actory principio único de la moral: "La ética

* Profesor-investigador del Departamento de Xochimilco.

ca y Cultura. Universidad Autónoma Metropolitana-

de la que hablo —producto superior y relativamente reciente del desarrollo intelectual humano— es una *propuesta de vida de acuerdo con valores universalizables, interiorizada, individual y que en su plano no admite otro motivo ni sanción que el dictamen racional de la voluntad del sujeto.*"(p. 33)

Se opone, portante a la ética altruista a la que estamos acostumbrados. Esa ética individual consiste en el amor propio, el cual es autoafirmación del propio ser y anhelo de excelencia y perfección.

A partir de este anhelo y basándose en las normas que Kant propone en su metafísica de las costumbres —*naturae convenienter vive; perficite ut finem*— pasa a la *inmortalidad*, característica de una ética basada en el amor propio: "Esta opción del amor propio por la excelencia es difícil, incluso agobiante: comporta en cierto modo un postulado de *invulnerabilidad* que a la vez exalta, irrita y angustia a nuestra causa vulnerable. Por ello sería inimaginable de no darse el afán de perduración inacabable, es decir: de *inmortalidad*, que caracteriza enérgicamente al amor propio... En el fondo, *la inmortalidad es el objetivo simbólico básico de todas las sociedades que en el mundo han sido, son y serán.*"(p. 42)

Para demostrar que sólo existe la ética del amor propio que tiende a la inmortalidad, y que en el fondo siempre ha sido exaltada por diversos autores, retoma oportunamente textos de Nietzsche, Unamuno, Hobbes, Spinoza, Mandeville, Jaspers, A. Smith, La Rochefoucauld, Helvetius, Rousseau, Bentham, Fromm, Fichte, Hegel, Marx, Feuerbach, M. Stirner, Schopenhauer, Engels, M. Hess, Kierkegaard, Sartre, Hume, Kant, K. O. Apel, Habermas, Arendt, Adorno, Rank, Simmel, Heidegger, entre otros muchos.

Ante la contraposición con algo general a lo que deba someterse el individuo renunciando a su amor propio, acota: "Obligado en *conciencia* a renunciar al interés propio en nombre de algún otro más general y elevado, el sujeto no aprende a vivir mejorsino sólo a mentirse a sí mismo... Cuanto más se le predica que la moral consiste en renunciar al egoísmo o amor propio, menos capaz se siente de amar a los demás y someterse a normas sociales que se le presentan como directamente contrarias a su interés", (p. 96)

Teniendo como fondo que el ideal del amor propio nunca es el objetivo, sino una orientación que define al individuo a través del hacer, presenta a la *virtud* como un **ejercicio**, una forma de comunicación en la búsqueda del propio perfeccionamiento y nunca como adecuación a una norma.

Desde esa perspectiva ubica *alplacere* un dimensión corporal y espiritual: "En cuanto a la ética, su tarea consiste en orientar racionalmente la libertad hacia el máximo de placer compatible con la limitación histórica y ontológica del ser humano concreto" (p. 137).

Se cuestiona acerca de los derechos humanos: ¿Son de tipo moral, ético, o político? ¡Simplemente son el derecho a ser hombre!, responde; y los toma como el fundamento del orden mundial en la medida que reivindican el papel central del sujeto, del individuo: "A lo que apuntan los derechos humanos, a través de su enumeración circunstanciada e históricamente circunstancial, previamente desde luego a incorporarse a los principios de ninguna constitución estatal, es al universal derecho humano a ser sujeto de derechos" (p. 188).

Retoma, de este modo, la tradición humanista tan olvidada en nuestra cultura actual: "Lo distintivo del planteamiento humanista es considerar

al hombre como única base real de los valores que han de regir las acciones y las instituciones humanas: estos criterios de evaluación son *inventados* por la imaginación, *descubiertos* por la ciencia, *convenidos* por la sociedad y *queridos e impuestos* por la creadora voluntad de los hombres, no recibidos de ninguna Entidad superior-natural o sobrenatural— a la que sea debido necesario acatamiento" (p. 256).

Basado en dicha tradición sostiene que se debe estar en guardia contra las teorías y tendencias absolutistas actuales, puesto que la soberanía popular sigue siendo, hoy día, el camino para la mayor transformación política.

Consecuente con su ética del amor propio que rechaza toda norma procedente de entidades supuestamente superiores, y enaltece la libertad del individuo, ofrece un conjunto de tesis sobre las drogas —tema de gran actualidad mundial— que pueden resumirse así: "...nuestra cultura, como todas las demás, conoce, utiliza y busca drogas.

Es la educación, la inquietud y el proyecto vital de cada individuo el que puede decidir cuál droga usary cómo hacerlo. El papel del Estado no puede ser sino informar lo más completa y razonadamente posible sobre cada uno de los productos, controlar su elaboración y su calidad, y ayudar a quienes lo deseen o se vean damnificados por esta libertad social" (p. 324).

En resumen, Savater nos pone ante una ética basada en el amor propio que lejos de ser una mera salida ocurrente al grave problema que representa la acción humana en toda sociedad, avanza las pinceladas más coloridas del pensamiento ético a través de la historia y logra impresionar con un cuadro en el que destaca el individuo como origen y término, principio y fin de su actuar en y sobre el mundo.

Su lectura resulta interesante por el tema, ágil por su estilo y útil por la reflexión necesaria sobre el quehacer individual en momentos de definiciones, como el que vivimos en México.